

# Las Góndolas

Jorge Pablo Graue

ME ENCUENTRO AFUERA DE LAS GÓNDOLAS con una enorme ansiedad. Solamente me queda un día para lograr bañar a Mitzi. De lo contrario, tendré serios problemas. Toco el timbre con impaciencia. Esta vez es Madame Villalba quien abre la puerta. Me mira conteniendo un ataque de risa, que explota cuando dejo caer mis colosales nalgas en el sillón del vestíbulo.

Mientras espero impaciente a que se me permita entrar al patio para encontrarme con Mitzi, celebro la ocurrencia de mi amigo Óscar. Qué buen mote para este sitio, porque Las Góndolas se encuentra en la calle de Venecia. Él fue quien me trajo a este lugar. Desde entonces, jamás he vuelto acompañado. La verdad es que las actividades en equipo me cohíben. Invitan a una competencia que me desagrada.

Aquel día, me presumió que Las Góndolas lo había liberado de la necesidad de buscarse una novia. Ante esa promoción, yo no sabía si sentirme atraído o atemorizado. No lo pensé demasiado, pues tenía seis meses sin acostarme con alguien. Había quedado deprimido tras una ruptura y la vuelta de la libido a mi vida era un suceso que no quería desaprovechar.

Las Góndolas es un lugar fenomenal. Primero, porque se ajusta perfectamente a mi presupuesto. Nunca he sido muy desprendido con el dinero, ni siquiera en aquello que me produce placer. Prefiero revolcarme en un catre con una prostituta

desdentada y lépera que hacerlo con una mujer elegante, cuya segunda boca oculte una dentadura de barracuda. Segundo, porque me parece imposible involucrarme sentimentalmente con alguna de ellas. Usan un perfume muy desagradable que se impregna en toda mi ropa. Cuando vuelvo a casa, mi perro Sac no me deja tranquilo por un buen tiempo. Husmea casi con lujuria la parte más recóndita de mi pantalón. En tanto me olfatea, pienso que hay que ser un animal para embelesarse con alguien que despide semejante tufo.

Cuando comencé a venir me sentí victorioso. Al fin le estaba ganando al dolor una de tantas partidas. Me parecía imposible involucrarme con alguna de ellas. Cogería con impunidad durante el tiempo que me diera la gana. Sólo tenía que desprenderme de una cantidad monetaria mínima y a cambio ganaba mucha paz. Doscientos pesos por media hora. ¿Quién podía obsesionarse con alguien en ese tiempo? Tres posiciones. Era un mundo de posibilidades que no despertaban interés para mi única finalidad. Lo cierto es que con una me bastaba. Era la que me permitía terminar. Yo arriba, ligeramente cargado sobre el costado izquierdo de su cuerpo.

Las muchachas se quejaron de mi sobrepeso. La única a la que no le molestó fue a Lety. Ella había sido la muchacha más solicitada de Las Góndolas hasta que llegó la Vampirita, quien comenzó a trabajar en el tugurio la noche de brujas. De ahí que un policía del sector 18, con bastante sentido del humor, comenzara a llamarla así. El apodo se le quedó. Madame Villalba celebró mucho la ocurrencia de quien se había vuelto el primer fanático de la nueva chica.

Dulce María se apropió de su reciente apodo con gran entusiasmo. Puedo decir que le permitió renovar esperanzas en el oficio, sobre todo porque la empoderó. Se maquillaba inspirándose en el reciente sobrenombre que le abría las puertas hacia una nueva vida. También logró advertir que tenía unos colmillitos filosos que

podía usar como arma para quitarse de encima a los clientes que se ponían muy pesados, o bien, para hacerlos regresar, si es que encontraban sus mordidas como un condimento imprescindible del placer retorcido. De inmediato se convirtió en la más socorrida del lugar. Naturalmente, despertó la envidia de sus compañeras, entre ellas la de Lety, quien no aceptaba de buena forma la competencia.

Yo soy de los pocos que la sigue eligiendo por encima de Dulce María. Desde hace algún tiempo encabezo su cada vez más reducida lista de clientes. Un día Hilario, el policía, me preguntó inquieto sobre la causa que me orillaba a seguir cogiendo con esa pinche vieja guanga, pederera y tullida (porque Lety es cojita). Le respondí que se debía a la misión que tenía en este mundo: proteger a los menesterosos y socorrer a los desvalidos.

Los clientes suelen burlarse de su andar, incluso lo imitan, aunque siempre a sus espaldas, pues no quieren recibir un bastonazo. Una vez Lety dejó noqueado a un cliente borracho que hizo un comentario despectivo. Madame Villalba no se atrevió a correrla, pero la obligó a pagar las cuentas de los estudios realizados y el soborno a un policía que amenazó con cerrar el changarro esa misma noche.

Para Lety nada es suficiente y eso me encanta. Sé que jamás podré complacerla. Ser la segunda opción la enloquece. Me lo dijo una vez en la cama dirigiéndome una mirada llena de rabia. Lo hizo apretándome los huevos con determinación. Por mi parte, me limité a asentir con un agudo quejido que imploraba recobrar mi virilidad.

Una vez que una mujer me atiende bien, es difícil que una experiencia nueva despierte mi interés. Además, Lety cumplió mi deseo de contarme detalladamente cómo se la había metido el marido de su tía la noche del año nuevo, mientras yo bufaba de placer, logrando una eyaculación rabiosa.

Solamente me he acostado dos veces con la Vampirita, pero fue porque Lety estaba muy enferma y se había quedado en casa. Tuve que pedirle a Madame Villalba que fuera discreta porque, si Lety se enteraba de lo que había hecho, de seguro tendría problemas. Cuando los celos la dominan, la Cojita es temible. La transformación de su rostro y sus ojos incendiados me horrorizan. Eso me orilló también a pagarle una suma extra a la Vampirita para que reprimiera el deseo de humillar a su enemiga. Lo malo fue que de inmediato decidió pedirme más dinero. No quise pagarlo, así que para detener las ganas que tenía de revelar a Lety que la había traicionado, ofrecí cumplir cualquiera de sus deseos. Entonces, la cada vez más hábil prostituta, me pidió que bañara a Mitzi, su *cocker spaniel*, a cambio de silencio y heme aquí intentando cumplir con mi parte del trato. Meterla en la tina ha sido todo un reto, una tarea imposible. Se trata de uno de los animales más déspotas que he conocido. La Vampirita me ha dicho que no desespere. Prometió ser compasiva y darme una semana completa para lograr la encomienda.

He aprovechado la nueva dolencia de Lety para acudir diario a Las Góndolas. Paso alrededor de seis horas al día con Mitzi. La paseo con su correíta color de rosa alrededor del patio central, donde destaca una fuente cuyo chorro de agua sale del culo de un Cupido. También le cambio el agua de su traste, me obligo a que siempre tenga alimento y, por supuesto, me ocupo de su mierda. La recojo con gran esfuerzo, ya que no estoy acostumbrado a flexionar mi tronco tantas veces al día. Los continuos movimientos que realizo me producen dolores de espalda. He pensado en claudicar, sobre todo por el espectáculo que doy cuando me agacho. Los pantalones se me caen y sobresale el pliegue que parte mis nalgas. Esto provoca agudas y punzantes carcajadas de la Vampirita y compañía. Sin embargo, el miedo a la rabia de Lety fortalece la determinación de lograr mi cometido e ignorar lo que ocurre alrededor de mi empresa.

La perrita me ha aceptado, aunque hasta el día de hoy no he podido meterla en la tina. Mitzi siempre está alerta y parece tenerle miedo al agua. Soy cuidadoso en mantenerla tibia; pero, cuando intento arrojarla, se mueve con desesperación y se escurre de entre mis brazos. No la aprieto con mayor fuerza porque temo lastimarla. Me es imposible olvidar que, cuando tenía doce años, asfixié a un gato por no medir los alcances de las demostraciones físicas de mi incontenente afecto.

La perrita se ha tomado unas libertades a mi juicio desproporcionadas y no por ello exentas de morbo y simpatía. Se deleita con mi pierna frenéticamente. Esa ha sido la consolidación de nuestro vínculo, pero no he podido bañarla. La aviento con una fuerza moderada, aunque vuelve una y otra vez con bríos renovados. Ayer, harto ya de luchar con ella, permití que gozara de mi pierna por algunos minutos más. Sin embargo, terminé por interrumpirla abruptamente. Mi corpulencia no ha sido de gran ayuda, me dificulta agacharme para poder cargarla y zambullirla en el agua. Entonces, mueve su cuerpo con desesperación hasta que la suelto y cae al piso toda descompuesta. Es un milagro que no se haya roto la espina.

Finalmente, Madame Villalba permite que entre al patio. Me siento en la banca de siempre. Las muchachas observan divertidas desde sus habitaciones. La perrita corre ansiosa hacia mí. Estiro la pierna y me dispongo a complacerla hasta dejarla exhausta. Se sirve de mi extremidad, mientras con la punta de mi zapato hago lo posible para saciarla. Por un momento, miro compasivamente mi panza que implora por algo de comida. De pronto, ya no escucho las risas ni los chiflidos de la Vampirita y las demás chicas. Tampoco pienso en la furia de Lety. Mantengo mi cuerpo firme, mientras miro cómplice el gesto de placer de Cupido y escucho el agua incesante. Entonces, espero el momento en el que Mitzi se encuentra rendida y, cuando lo advierto, la meto en la tina y empiezo a cubrirla de espuma. 